II. EL GÉNERO: UNA CATEGORÍA ÚTIL PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO*

> Género. *s. masc.* Es un término estrictamente gramatical. Hablar de personas o criaturas del género masculino o femenino, cuando en realidad se quiere decir del sexo masculino o femenino, sólo puede ser una broma (admisible o no dependiendo del contexto) o, de plano, un claro error.
>
> FOWLER'S, *Dictionary of Modern English Usage*

QUIENES quieran codificar los significados de las palabras van a librar una batalla perdida de antemano, porque las palabras, como las ideas y las cosas que significan, tienen una historia. Ni los profesores universitarios de Oxford ni de la *Académie Française* han sido del todo capaces de contener la ola, de capturar y fijar los significados libres que resultan del juego de la invención y la imaginación humanas. Mary Wortley Montagu le añadió mordacidad a su ingeniosa denuncia del "sexo justo" al emplear deliberadamente mal la referencia gramatical[1] ("mi único consuelo por el hecho de pertenecer a este género ha sido tener la seguridad de que nunca me casaría con ninguno de sus componentes"; "my only consolation for being of that gender has been the assurance of never being married to any one among them"). A lo largo de las épocas, la gente ha creado alusiones figurativas mediante el empleo de términos gramaticales para evocar algunos rasgos del carácter o de la sexualidad. El *Dictionnaire de la langue française* (Diccionario de la lengua francesa) presentaba en 1876 el siguiente uso: "No se sabe de qué género es, si es macho o hembra, se dice de un hombre muy

* Este ensayo se redactó originalmente en diciembre de 1985 como una presentación para la American Historical Association. Posteriormente se publicó, con su formato actual, en la *American Historical Review*, vol. 91, núm. 5 (diciembre, 1986). Las instructivas conversaciones que sostuve con Denise Riley, Janice Doane, Yasmine Ergas, Anne Norton y Harriet Whitehead ayudaron a dar forma a las ideas que tenía sobre los temas que se abordan en el texto. La versión final incorpora las valiosas sugerencias de Ira Katznelson, Charles Tilly, Louise Tilly, Elisabetta Galeotti, Rayna Rapp, Christine Stansell y Joan Vincent. Deseo agradecer a Allyn Roberts y a David Ransell de la AHR por su minucioso trabajo editorial.

reservado, de quien no se conocen los sentimientos".[2] Y Gladstone hizo la siguiente distinción en 1878: "Atenas no tiene nada de sexo excepto el género, nada de una mujer excepto la forma".[3] Más recientemente —demasiado reciente para encontrar esta forma en los diccionarios o en la *Enciclopedia de Ciencias Sociales* (Encyclopedia of the Social Sciences)— las feministas han empezado a emplear el término "género" en un sentido más literal y serio, como una forma de referirse a la organización social de las relaciones entre los sexos. La conexión con la gramática es tan explícita como llena de posibilidades inexploradas. Explícita porque el uso gramatical supone la existencia de unas reglas formales que se derivan de la designación masculina o femenina; llena de posibilidades inexploradas porque en muchas lenguas indoeuropeas hay una tercera categoría —asexuada o neutra—. En el campo gramatical se entiende que el género es una forma de clasificar fenómenos, un sistema convencional de distinciones más que una descripción objetiva de los rasgos inherentes al mismo. Por añadidura, las clasificaciones sugieren una relación entre categorías que permite hacer distinciones o separar grupos.

Parece que el género, en su empleo más reciente, apareció primero entre las feministas estadunidenses que querían insistir en la cualidad fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo. La palabra denotaba el rechazo al determinismo biológico implícito en el empleo de términos como sexo o diferencia sexual. El género también subrayaba el aspecto relacional de las definiciones normativas sobre la femineidad. Quienes se preocupaban porque los estudios sobre las mujeres se basaban de forma demasiado restringida e independiente en las mujeres, emplearon el término género para introducir una idea relacional en nuestro vocabulario analítico. Según este punto de vista, mujeres y hombres se definían los unos respecto a los otros, y no se podía llegar a una comprensión mediante un estudio por separado. A este respecto, Natalie Davis sugirió en 1975:

> Creo que deberíamos interesarnos en la historia de ambos, mujeres y hombres, que no deberíamos trabajar sobre el sexo sometido más de lo que un historiador de las clases sociales se limita únicamente al estudio del campesinado. Nuestro objetivo es comprender la significación de los sexos, de los grupos de género en el pasado histórico. Nuestro objetivo es descubrir toda la gama de símbolos y de roles sexuales en las distintas sociedades y periodos, encontrar los significados que tienen y cómo funcionaron para mantener el orden social o para promover el cambio del mismo.[4]

Además, y quizá esto sea más importante, quienes clamaban que la erudición de las mujeres transformaría de manera fundamental los paradigmas disciplinarios, estaban hablando en términos de género. Las universitarias feministas muy pronto señalaron que los estudios sobre las mujeres no sólo añadirían nuevos asuntos a tratar sino que también forzarían un nuevo examen crítico de las premisas y criterios existentes en los trabajos universitarios. "Estamos aprendiendo", escribieron tres historiadoras feministas,

> que el hecho de escribir sobre las mujeres a lo largo de la historia implica, a la fuerza —si se quiere abarcar la experiencia personal y subjetiva de éstas, además de sus actividades públicas y políticas— una redefinición y un ensanchamiento de las ideas tradicionales sobre la significación histórica. No resulta excesivo sugerir que una metodología de este tipo, aunque parezca indecisa en sus comienzos, pueda implicar no sólo una nueva historia de las mujeres sino también una nueva historia.[5]

La forma en que esta nueva historia incluiría la experiencia de las mujeres y la constituiría, depende del alcance del desarrollo del género como una categoría de análisis. Aquí las analogías de clase y raza eran explícitas; en efecto, la investigación universitaria más incluyente —políticamente hablando— sobre las mujeres consideraba que, por lo general, las tres categorías eran cruciales para la escritura de una nueva historia.[6] En primer lugar, el interés que mostraban los universitarios por la clase, la raza y el género apuntaba al compromiso del estudioso con una historia que incluía las circunstancias de los oprimidos y un análisis del significado y de la naturaleza de su opresión; y en segundo lugar, la comprensión académica de que las desigualdades del poder se organizaban, en al menos tres ejes.

La letanía de clase, raza y género sugiere la paridad entre estos términos pero, de hecho, éste no es el caso. Mientras el término "clase" se basa la mayoría de las veces en la teoría marxista de la determinación económica y del cambio histórico, la "raza" y el "género" no implican tales asociaciones. No existe unanimidad entre quienes emplean los conceptos de clase. Algunos académicos utilizan los conceptos weberianos, mientras que otros emplean el término clase como un dispositivo heurístico provisional. Así, cuando nosotros invocamos la clase, estamos trabajando a favor o en contra de una serie de definiciones que, en el caso del marxismo, implican una idea de causalidad económica y una visión del camino por el cual ha transitado, dialécticamente, la historia. No existe tal claridad ni coherencia en

cuanto a la raza o al género. En el caso del género, el empleo de este término ha conllevado toda una gama de posiciones teóricas y de simples referencias descriptivas de las relaciones entre los sexos.

Esto no ha impedido a las historiadoras del feminismo, a pesar de tener la misma formación que la mayoría de historiadores, y de que se sientan supuestamente más a gusto con la descripción que con la teoría, seguir buscando otras formulaciones teóricas más adecuadas. Y lo han hecho al menos por dos razones. Primera, la proliferación de los estudios de casos en la historia de las mujeres parece apelar a una perspectiva sintetizadora que podría explicar las continuidades y discontinuidades, la constitución de desigualdades persistentes y las experiencias sociales radicalmente diferentes. Segundo, la diferencia existente entre la alta calidad de los recientes trabajos en historia de las mujeres y su continuo estatus marginal en el conjunto de este campo (tal como lo confirman los libros de texto, los programas y el trabajo monográfico) señalan las limitaciones de los enfoques descriptivos, los cuales no manejan los conceptos dominantes de la disciplina o, al menos, no los manejan de forma que puedan debilitar el poder de éstos y así, quizá, puedan transformarlos. Para las historiadoras de las mujeres no ha sido suficiente probar, o bien que las mujeres tenían una historia, o que éstas habían participado en los principales disturbios políticos de la civilización occidental. En el caso de la historia de las mujeres, la respuesta de la mayoría de historiadores no feministas ha consistido en la aceptación de la misma, luego en su separación o en su rechazo ("las mujeres han tenido una historia aparte de los hombres, por lo tanto dejemos a las feministas que hagan la historia de las mujeres, ya que ésta no nos concierne a nosotros"; o bien "la historia de las mujeres trata de sexo y familia, y debe tener un tratamiento aparte de la historia política y económica"). En cuanto a la participación de las mujeres en la historia, la respuesta ha reflejado, en el mejor de los casos, muy poco interés ("mi comprensión de la Revolución francesa no ha cambiado por el hecho de saber que las mujeres habían participado en ella"). El desafío que plantean tales respuestas es, a fin de cuentas, un reto teórico. Éste nos exige que analicemos no sólo la relación entre la experiencia del hombre y la de la mujer en el pasado, sino también la conexión entre la historia del pasado y la práctica histórica común. ¿Cómo funciona el género en las relaciones humanas? ¿De qué forma el género otorga un significado a la organización y a la percepción del conocimiento histórico? Las respuestas residen en la concepción del género como una categoría analítica.

I

En su mayor parte, los intentos que han llevado a cabo los historiadores para teorizar sobre el género, se han mantenido dentro de las estructuras científico-sociales tradicionales, y han empleado antiguas formulaciones que sólo proporcionan explicaciones causales de carácter universal. En el mejor de los casos, tales teorías han sido muy limitadas porque tienden a contener generalizaciones reductivas o realmente simples que socavan no sólo el sentido de la historia como disciplina, el sentido de la complejidad de la causalidad social, sino también los compromisos feministas respecto a algunos análisis que podrían conducir al cambio. El examen de estas teorías nos permitirá sacar a relucir sus limitaciones y proponer un enfoque alternativo.

Los enfoques empleados por la mayoría de historiadores pueden agruparse en dos categorías distintas. La primera es esencialmente descriptiva; se refiere a la existencia de fenómenos o realidades sin que se les atribuya ningún tipo de interpretación, explicación o causalidad. La segunda categoría es de carácter causal; teoriza sobre la naturaleza de los fenómenos o realidades y busca comprender cómo y por qué éstos se manifiestan del modo en que lo hacen.

En su reciente y más simple utilización, el término "género" es sinónimo de "mujeres". En los últimos años, algunos libros y artículos basados en la historia de las mujeres sustituyeron, en sus títulos, el término género por el de mujeres. En algunos casos, este empleo de género, aunque se refiera vagamente a ciertos conceptos analíticos, de hecho se relaciona con la aceptabilidad política del campo. En estos casos, el término género denota la seriedad académica de un trabajo, porque género suena de forma más neutra y objetiva que mujeres. Parece que el término encaja en la terminología científica de las ciencias sociales y, en consecuencia, se distancia de las políticas del feminismo, supuestamente estridentes. Según este empleo, género no conlleva necesariamente la declaración de desigualdad o poder ni tampoco nombra a la parte demandante (y hasta ahora invisible). Mientras que el término "historia de las mujeres" proclama su política al declarar (contrariamente a la costumbre) que las mujeres son sujetos históricos válidos, el término género incluye a las mujeres pero no las nombra, y así da la impresión de que no plantea un problema crítico. Tal uso del término es una faceta de lo que debería llamarse la búsqueda de la erudición feminista por la legitimidad académica en la década de los ochenta.

Pero tan sólo es una faceta. El término género, como sustituto de las mujeres, también se emplea para sugerir que la información sobre las mujeres es, necesariamente, información sobre los hombres, y que lo uno implica el estudio de lo otro. Este empleo insiste en que el mundo de las mujeres forma parte del mundo de los hombres, que ha sido creado dentro de éste y por éste. Tal empleo desecha la utilidad interpretativa de la idea de las esferas separadas, y sostiene que el estudio separado de las mujeres contribuye a perpetuar la ficción de que una esfera, o la experiencia de un sexo, poco o nada tiene que ver con el otro sexo. Además, el género también se utiliza para designar las relaciones sociales entre los sexos. Este uso rechaza implícitamente las explicaciones biológicas, como aquellas que encuentran un denominador común para las diversas formas de subordinación femenina en aquellos hechos en que las mujeres tienen la capacidad de dar a luz y los hombres tienen más fuerza muscular. En vez de eso, el término género denota unas determinadas "construcciones culturales", toda la creación social de las ideas acerca de los roles apropiados para las mujeres y para los hombres. Es una forma de referirse exclusivamente a los orígenes sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Según esta definición, el género es una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado.[7] Diríase que el género se ha convertido en una palabra particularmente útil; así lo demuestra la gran proliferación de estudios sobre el sexo y la sexualidad, porque este término permite diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a las mujeres y a los hombres. Aunque los académicos reconozcan la conexión entre el sexo (lo que los sociólogos de la familia llaman sexo) y los roles sexuales, no por ello presuponen la existencia de un vínculo simple o directo. El empleo de género hace hincapié en todo un sistema de relaciones que puede incluir el sexo, pero que no está directamente determinado por éste ni tampoco es directamente determinante de la sexualidad.

Muy a menudo los historiadores han utilizado estos empleos descriptivos de la palabra género para exponer un nuevo campo de estudio. Cuando los historiadores sociales se interesaron en nuevos objetos de estudio, el género fue relevante en los temas referidos a las mujeres, niños, familias e ideologías de género. Este uso del término se refiere únicamente a aquellas áreas, estructurales e ideológicas, que implican relaciones entre los sexos. Puesto que la guerra, la diplomacia y la alta política no han abordado explícitamente estas relaciones, parece que el género no sea válido, y así continua siendo irrelevante en el pensamiento de los historiadores que se interesan en

las cuestiones de política y poder. Esto tiene por efecto el aprobar un punto de vista funcionalista, enraizado fundamentalmente en la biología, y el perpetuar la idea de las esferas separadas en la escritura de la historia (sexo o política, familia o nación, mujeres u hombres). Aunque este uso del género afirme que las relaciones entre los sexos son de carácter social, no dice nada acerca del por qué estas relaciones se han construido así, ni cómo funcionan o cómo podrían cambiar. Así, el género, en su uso descriptivo, es un concepto asociado con el estudio de las cosas relacionadas con las mujeres. El género en un tema nuevo, un nuevo departamento de investigación histórica, pero no tiene el poder analítico para dirigir (ni cambiar) los paradigmas históricos existentes.

Algunas historiadoras fueron conscientes de este problema, de ahí que se esforzaran en utilizar teorías que pudieran explicar el concepto de género y rendir cuentas de un cambio histórico. En efecto, el reto consistía en reconciliar la teoría, formulada en términos generales o universales, con la historia, que se había comprometido en el estudio de la especificidad contextual y del cambio fundamental. El resultado ha sido extremadamente ecléctico: préstamos parciales que vician el poder analítico de una teoría en particular o, peor aún, el empleo de los preceptos de una teoría sin tener conciencia de lo que esto implicaba; o bien relaciones de cambios que, al integrar teorías universales, sólo ilustran los temas de siempre; o bien estudios maravillosamente imaginativos en los cuales la teoría está tan oculta que tales estudios no pueden servir de modelo para otras investigaciones. Puesto que las teorías que han diseñado los historiadores no exponen detalladamente todas sus implicaciones, sería provechoso pasar algún tiempo haciéndolo. Sólo a través de semejante ejercicio podremos evaluar la utilidad de estas teorías y empezar a articular un enfoque teórico más poderoso.

Las historiadoras del feminismo han utilizado una gran variedad de enfoques para el análisis del género, pero tales enfoques se vinieron abajo al tener que elegir entre tres posiciones teóricas.[8] La primera representa el esfuerzo feminista por explicar los orígenes del patriarcado. La segunda se ubica a sí misma en la tradición marxista y busca un consenso con las críticas feministas. La tercera está fundamentalmente dividida entre los teóricos posestructuralistas franceses y angloamericanos del objeto "relaciones", y recurre a estas distintas escuelas de psicoanálisis para explicar la producción y la reproducción de la identidad de género del sujeto.

Los teóricos del patriarcado han dirigido su atención hacia la subordinación de las mujeres y han encontrado su explicación en la "necesidad" masculi-

na de dominar a la mujer. En la ingeniosa adaptación de Hegel que hace Mary O'Brien, la dominación masculina se define como el efecto del deseo de los hombres de trascender su alienación respecto al significado de la reproducción de las especies. El principio de continuidad generacional restaura la primacía de la paternidad y opaca el auténtico trabajo y la realidad social del trabajo de las mujeres en el parto. La fuente de la liberación de las mujeres reside en "la comprensión adecuada del proceso de reproducción", en la apreciación de la contradicción existente entre la naturaleza del trabajo reproductivo de las mujeres y las mistificaciones ideológicas (masculinas) del mismo.[9] Para Shulamith Firestone, la reproducción también era una "trampa amarga" para las mujeres. Sin embargo, en su análisis más materialista la liberación llegaría con las transformaciones de la tecnología reproductiva, las cuales deberían eliminar, en un futuro no tan lejano, la necesidad de los cuerpos de las mujeres de ser los agentes de la reproducción de la especie.[10]

Si bien para algunos la reproducción era la clave del patriarcado, para otros la misma sexualidad era la respuesta. Las valientes formulaciones de Catharine Mackinnon constituyeron enseguida la característica principal de su enfoque: "La sexualidad es al feminismo lo que el trabajo es al marxismo: lo que es más propio de uno mismo, lo que más se llevan". "La objetualización sexual es el proceso primario de la sujeción de las mujeres. Une el acto con la palabra, la construcción con la expresión, la percepción con la aplicación, el mito con la realidad. El hombre jode a la mujer; el sujeto del verbo al objeto".[11] Siguiendo su analogía con Marx, Mackinnon presentó, en lugar de un materialismo dialéctico, una naciente consciencia como método de análisis del feminismo. Al expresar la experiencia compartida de la objetualización, decía ella, las mujeres llegan a comprender su identidad común y así pueden implicarse en una acción política. Aunque Mackinnon define en su análisis las relaciones sexuales como relaciones sociales, no hay nada que explique, excepto la desigualdad inherente a la misma relación sexual, por qué el sistema de poder opera de tal forma. El origen de las relaciones desiguales entre los sexos resulta ser, al final, una relación desigual entre sexos. Aunque la desigualdad, cuyo origen radica en la sexualidad, debe incorporarse a "un sistema completo de relaciones sociales", no se nos explica cómo funciona este sistema.[12]

Los teóricos del patriarcado han tratado acerca de la desigualdad de los machos y las hembras de muy importantes maneras pero, para los historiadores, sus teorías plantean algunos problemas. En primer lugar, mientras presentan un análisis interno del sistema del género en sí mismo, declaran

al mismo tiempo la primacía de este sistema en la organización social en su conjunto. Pero las teorías del patriarcado no muestran que la desigualdad de género tiene que ver con otras desigualdades. En segundo lugar, si la dominación se manifiesta mediante la apropiación masculina de la labor reproductiva femenina, o bien a través de la objetualización sexual de las mujeres de parte de los hombres, el análisis está basado en la diferencia física. Cualquier diferencia física adquiere un aspecto universal e incambiable, incluso si los teóricos del patriarcado toman en cuenta la existencia de formas cambiantes y de sistemas de desigualdad de género.[13] Una teoría que se base en la única variable de la diferencia física plantea problemas a los historiadores porque ésta presupone un significado consecuente o inherente para el cuerpo humano —fuera de toda construcción social o cultural— y, por consiguiente, el carácter ahistórico del género en sí mismo. En cierto sentido, la historia se convierte en un epifenómeno que proporciona un sinfín de variaciones sobre el inmutable tema de la permanente desigualdad de género.

Las feministas marxistas tienen un enfoque más histórico porque se guían por una teoría de la historia. Pero, cualesquiera que hayan sido las variaciones y adaptaciones, el requerimiento autoimpuesto de que tiene que haber una explicación "material" para el género ha limitado o, como mínimo retrasado, el desarrollo de nuevas líneas de análisis. Si bien se nos ofrece el denominado sistema de solución dual (uno que postula los dos ámbitos separados del capitalismo y el patriarcado, pero relacionados entre sí, o bien se desarrolla un análisis basado más firmemente en las discusiones ortodoxas marxistas sobre los modos de producción, la explicación de los orígenes y los cambios en los sistemas de género se encuentran fuera de la división sexual del trabajo. Al final, las familias, los hogares y la sexualidad son producto de los cambiantes modos de producción. Así es como Engels concluyó sus exploraciones sobre *Los orígenes de la familia*;[14] y el análisis de la economista Heidi Hartmann también se basa fundamentalmente en este punto. Esta autora insiste en la importancia de considerar al patriarcado y al capitalismo como sistemas separados pero interrelacionados entre sí. Así, a medida que expone sus argumentos, la causalidad económica toma precedencia, y el patriarcado siempre desarrolla y cambia como una función de las relaciones de producción.[15]

Las tempranas discusiones entre feministas marxistas giraron en torno a la misma serie de problemas: el rechazo del carácter esencial de las afirmaciones de quienes argumentan que "las exigencias de reproducción biológica" determinan la división sexual del trabajo bajo el capitalismo; la futilidad de

insertar los "modos de reproducción" en las discusiones sobre los modos de producción (se mantiene como categoría opuesta y no presupone el mismo estatus respecto a los modos de producción); el reconocimiento de que los sistemas económicos no determinan directamente las relaciones de género, sino que la subordinación de las mujeres es anterior al capitalismo y sigue vigente bajo el socialismo; la búsqueda, a pesar de todo, de una explicación materialista que excluya las naturales diferencias físicas.[16] Joan Kelly intentó romper este círculo de problemas en su ensayo "La doble visión de la teoría feminista", en el cual argumentaba que los sistemas económicos y de género interactúan para producir experiencias sociales e históricas; que ningún sistema era casual sino que ambos "operan simultáneamente para reproducir las estructuras socioeconómicas y de dominación masculina de (un) orden social concreto". La sugerencia de Kelly de que los sistemas de género tienen una existencia independiente proporciona una apertura conceptual de gran importancia, pero su compromiso de permanecer dentro de la estructura marxista la lleva a enfatizar el papel causal de los factores económicos, incluso en cuanto a la determinación del sistema de género. "La relación de los sexos opera en concordancia con las estructuras socio-económicas, y a través de éstas, y con las de.sexo y género".[17] Kelly introdujo la idea de una "realidad social basada en la sexualidad", pero puso énfasis en lo social en lugar de ponerlo en la naturaleza sexual de esta realidad, y, muy a menudo, emplea "social" en términos de relaciones económicas de producción.

De todas las exploraciones sobre la sexualidad que han realizado las feministas-marxistas estadunidenses, la que ha tenido mayor repercusión se encuentra en *Powers of Desire*, un volumen de ensayos publicados en 1983.[18] Sus autoras, influidas por la creciente atención hacia la sexualidad de parte de activistas políticos y universitarios, por la insistencia del filósofo francés Michel Foucault acerca de que la sexualidad se manifiesta dentro de unos contextos históricos, y por la convicción de que la denominada "revolución sexual" requiere análisis serios, han hecho de la "política sexual" el foco de su investigación. Con ello, dejan abierta la cuestión de la causalidad y presentan una variedad de soluciones para ésta; en efecto, lo realmente emocionante de este volumen es su falta de unanimidad analítica, su sentido de tensión analítica. Si bien las autoras tienden a enfatizar individualmente la causalidad de los contextos sociales (que a menudo significan contextos económicos), también incluyen sugerencias sobre la importancia de estudiar "la estructuración psíquica de la identidad de género". Si la ideología de género refleja algunas veces las estructuras económicas y sociales, también

existe un importante reconocimiento de la necesidad de comprender el complejo vínculo entre la sociedad y la duradera estructura psíquica.[19] Por un lado, los editores aprueban el punto de vista de Jessica Benjamin quien señala que la política debe prestar atención a "los componentes eróticos y fantásticos de la vida humana", pero, por el otro, ningún otro ensayo aparte del de Benjamin trata completa o seriamente de las cuestiones teóricas que ella plantea.[20] En vez de eso, el volumen recorre el supuesto tácito de que el marxismo puede expanderse hasta abarcar discusiones sobre las ideologías, la cultura y la psicología, y que esta expansión se realizará a través del examen específico de las pruebas que se aportan en la mayoría de los artículos. La ventaja de tal enfoque reside en que evita las diferencias agudas de posición, y la desventaja de dejar asentada una teoría ya completamente articulada que nos lleve de las relaciones de los sexos a las relaciones de producción.

Una comparación de los esfuerzos de las marxistas-feministas americanas —de un relativo y exploratorio amplio alcance— con los de sus homólogas inglesas, vinculados más estrechamente con una política de firme y viable tradición marxista revela que las inglesas han tenido mayores dificultades en desafiar las limitaciones de las explicaciones estrictamente deterministas. Esta dificultad puede apreciarse de forma más dramática en los debates de la *New Left Review* entre Michèle Barrett y sus críticos, quienes la acusan de abandonar el análisis materialista de la división sexual del trabajo bajo el capitalismo.[21] Esta puede verse también en la sustitución del intento inicial de las feministas de reconciliar el psicoanálisis y el marxismo con una u otra de estas posiciones teóricas, y de los académicos que insistieron en un principio en que era posible la fusión de los dos.[22] La dificultad para las feministas inglesas y americanas que trabajan dentro del marxismo es evidente en el trabajo que he mencionado aquí. El problema que ellas enfrentan es opuesto al que plantea la teoría patriarcal. Dentro del marxismo, el concepto de género ha sido tratado ampliamente como un producto accesorio en el cambio de las estructuras económicas; el género no ha gozado de un estatus analítico independiente, propio.

Una síntesis de la teoría psicoanálitica requiere que se especifiquen las escuelas, puesto que varios enfoques han tendido a clasificarlas según los orígenes nacionales de sus fundadores y de la mayoría de practicantes. Existe la escuela angloamericana, que trabaja dentro de los límites de las teorías de las relaciones de objetos. En los Estados Unidos, Nancy Chodorow es el nombre más inmediatamente asociado con este enfoque. Además, el trabajo de Carol Gilligan ha tenido un impacto de amplia repercusión en las uni-

versidades estadunidenses, incluso en la historia. El trabajo de Gilligan se sirve del enfoque de Chodorow, aunque está menos interesada en la construcción del sujeto que en el desarrollo moral y conductual. En contraste con la escuela angloamericana, la escuela francesa se basa en las lecturas estructuralistas y posestructuralistas de Freud en cuanto a las teorías del lenguaje (para las feministas, la figura clave es Jacques Lacan).

Ambas escuelas están interesadas en los procesos que crean la identidad del sujeto; ambas se focalizan en los estadios tempranos del desarrollo de los niños, en busca de los indicios de formación de la identidad de género. Los teóricos de las relaciones objetales enfatizan la influencia de la experiencia propiamente dicha (el niño ve, oye y cuenta cosas a aquellos que lo cuidan, en particular a sus padres), mientras que los posestructuralistas hacen hincapié en el papel central que juega el lenguaje en la comunicación, interpretación y representación del género (por "lenguaje" los posestructuralistas no quieren decir palabras sino sistemas de significación —de orden simbólico— que preceden el dominio propiamente dicho de la palabra, la lectura y la escritura). Otra diferencia entre las dos escuelas de pensamiento está basada en el inconsciente, el cual según Chodorow está sujeto a una comprensión consciente, más no según Lacan. Para los lacanianos, el inconsciente es un factor crítico en la construcción del sujeto; además, es el espacio de la división sexual y, por esta razón, un espacio de inestabilidad continua para el sujeto de género.

En años recientes, los historiadores del feminismo han estado perfilando estas teorías, ya sea porque pueden apoyar unos determinados hallazgos a partir de observaciones generales, ya sea porque parecen ofrecer una importante formulación teórica sobre el género. Cada vez más, aquellos historiadores que trabajan con el concepto de "cultura de las mujeres" citan los trabajos de Chodorow o Gilligan como una prueba y una explicación de sus interpretaciones; aquellos que luchan con la teoría feminista miran hacia Lacan. Al final, ninguna de estas teorías me parece del todo aprovechable para los historiadores; si observamos más de cerca cada una de ellas quizá podamos explicar por qué.

Mis reservas acerca de la teoría de las relaciones objetuales tienen que ver con su carácter literal, con su dependencia respecto a estructuras de interacción relativamente pequeñas para producir la identidad de género y generar un cambio. La división familiar del trabajo y la asignación de las tareas propias de cada padre juegan un papel crucial en la teoría de Chodorow. El resultado de la predominancia de los sistemas occidentales

es una clara división entre lo masculino y lo femenino. "La negación de la sensación de conexión y el aislamiento de los afectos puede ser más característico del desarrollo masculino y puede producir un superyó más rígido y castigador; el desarrollo femenino en cambio, en que no se reprime las relaciones objetales internas y externas y sus afectos concomitantes, puede llevar a un superyó más abierto a la persuasión y al juicio de los otros".[23] Siguiendo a Chodorow, si los padres estuvieran más implicados en las funciones paternas, y más a menudo presentes en las situaciones domésticas, el resultado del drama edípico sería diferente.[24]

Esta interpretación limita el concepto de género a la familia y a la experiencia del hogar, y no deja al historiador (ni al individuo) la posibilidad de conectar tal concepto con otros sistemas sociales de economía, política o poder. Por supuesto, se sobrentiende que la organización social impone a los padres que trabajen, y a las madres que perfeccionen más la estructura organizativa familiar relativa a las tareas de crianza de los hijos. Lo que no está claro es de dónde provienen tales arreglos y por qué se han articulado en términos de división sexual del trabajo. Tampoco se menciona la cuestión de la desigualdad como opuesta a la de asimetría. ¿Cómo podemos explicar, desde el interior de esta teoría, las persistentes asociaciones de la masculinidad con el poder, el gran valor depositado tanto en la hombría como en la femineidad, la forma en que parece que los niños aprenden estas asociaciones y evaluaciones, incluso cuando viven fuera de hogares nucleares o en hogares donde la paternidad está dividida a partes iguales entre el marido y la mujer? No creo que encontremos una explicación, a no ser que prestemos un poco de atención a sistemas significativos, es decir, a las formas en que las sociedades representan el género y lo utilizan para articular los roles de las relaciones sociales, o para construir el sentido de la experiencia. Sin este sentido no hay experiencia; sin los procesos de significación no hay sentido.

El lenguaje es el punto central de la teoría lacaniana; es la clave para instalar a los niños en el orden simbólico. A través del lenguaje se construye la identidad de género. Según Lacan, el falo es el principal símbolo de la diferencia sexual. Pero el significado del falo debe leerse metafóricamente. Para los niños, el drama edípico expone los términos de la interacción cultural, puesto que la amenaza de castración encarna el poder, las normas de la ley del padre. La relación del niño con la ley depende de la diferencia sexual, de su identificación imaginativa (o fantástica) con la masculinidad o la femineidad. En otras palabras, la imposición de los roles de interacción social

es una cuestión inherente al género y específica de éste, porque la mujer tiene necesariamente una relación distinta con el falo de la que tiene el hombre. Pero la identificación de género, aunque siempre parezca algo coherente y establecido, de hecho es muy inestable. Como ocurre con los sistemas de significados, las identidades subjetivas son procesos de diferenciación y distinción que requieren la supresión de las ambigüedades y de los elementos opuestos, para asegurar una coherencia y una comprensión comunes (o bien crear la ilusión de hacerlo). El principio de la masculinidad se basa en la necesaria represión de los aspectos femeninos —de la potencial bisexualidad del sujeto— y crea un conflicto en la oposición de lo masculino y lo femenino. Los deseos reprimidos están presentes en el inconsciente y representan una constante amenaza para la estabilidad de la identificación del género, al negar su unidad y al subvertir su necesidad de seguridad. Además, las ideas conscientes sobre lo masculino y lo femenino no son fijas sino que varían según el contexto. De este modo, el conflicto existe siempre: entre la necesidad del sujeto de una apariencia de totalidad y la impresión de la terminología, el significado relativo de ésta y su dependencia de la represión.[25] Este tipo de interpretación hace que las categorías "hombre" y "mujer" sean problemáticas; sugieren que lo masculino y lo femenino no son características inherentes al género sino estructuras subjetivas (o ficticias). Dicha interpretación implica también que el sujeto está en un constante proceso de construcción, y nos permite interpretar el deseo consciente e inconsciente de forma sistemática, al señalar que el lenguaje es el lugar más apropiado para el análisis. Como tal, encuentro que esta interpretación es instructiva.

No obstante, me preocupa la fijación exclusiva en las preguntas acerca del sujeto individual, y la tendencia a reificar subjetivamente el antagonismo originado entre hombres y mujeres como la cuestión central del género. Además, aunque exista una apertura en cuanto a la forma en que el sujeto se construye, la teoría tiende a universalizar las categorías y relaciones de lo masculino y lo femenino. Para los historiadores, el resultado es una lectura reductora de las pruebas del pasado. Aunque esta teoría tome en cuenta las relaciones sociales al vincular la castración a la prohición y a la ley, no permite introducir una idea de especificidad y variabilidad históricas. El falo es el único símbolo; el proceso de construcción del sujeto de género resulta ser, a fin de cuentas, predecible, porque siempre es el mismo. Si necesitamos pensar, tal como sugiere la teórica de cine Teresa de Lauretis, en términos de construcción de la subjetividad en contextos sociales e históri-

cos, no hay forma de especificar tales contextos en términos lacanianos. En efecto, incluso en el intento de De Lauretis, la realidad social es decir, "esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— que son de hecho sociales, y en una perspectiva más amplia, históricas", parece quedarse fuera, aparte del sujeto.[26] Falta una forma de concebir la realidad social en términos de género.

El problema del antagonismo sexual en esta teoría tiene dos aspectos. En primer lugar, éste proyecta cierta cualidad atemporal, incluso cuando ya se ha escrito su historia, como ha hecho Sally Alexander. La lectura que hace Alexander de Lacan la lleva a concluir que "el antagonismo entre los sexos es un aspecto inevitable de la adquisición de la identidad sexual... Si el antagonismo siempre es latente, es posible que la historia no tenga la solución final sino que tan sólo lleve a cabo una constante reestructuración y reorganización del simbolismo de la diferencia y de la división sexual del trabajo".[27] Puede que sea mi desesperado sentido utópico que me haga formular esto, o quizá puede ser que todavía no me haya desprendido del epistema que Foucault llamaba la Edad Clásica. Sea cual sea la explicación, la formulación de Alexander contribuye a fijar la oposición binaria entre hombre y mujer como la única relación posible, y como un aspecto permanente de la condición humana. Mejor dicho, tal formulación perpetúa aquellas preguntas a las que se refiere Denise Riley como "la espantosa actitud de constancia de la polaridad sexual". Ésta escribe: "La naturaleza de la oposición (entre hombre y mujer), construida a través de la historia, produce precisamente como uno de sus efectos esta actitud de oposición invariable y monótona entre hombres y mujeres".[28]

Y es precisamente esta oposición, con todo su tedio y monotonía, la que ha promocionado la obra de Carol Gilligan (en el espacio angloamericano). Gilligan explica los caminos divergentes de desarrollo moral que siguieron chicos y chicas en sus distintas experiencias (realidad vivida). No es sorprendente que los historiadores de las mujeres hayan retomado las ideas de Gilligan para explicar las diferentes voces que el trabajo de ésta les ha permitido escuchar. Los problemas que se presentan con estos préstamos son múltiples, y están lógicamente interrelacionados.[29] El primero es la demora que a menudo ocurre con la atribución de la causalidad: el argumento va de la declaración de que "la experiencia de las mujeres las conduce a tomar determinadas opciones morales dependiendo de los contextos y de las relaciones" a la de que "las mujeres piensan y toman determinadas opciones por el hecho de ser mujeres". La idea ahistórica, y acaso esencialista, de mujer,

está contenida en esta línea de razonamiento. Gilligan y otros han extrapolado su descripción, que en un principio se basaba en una reducida muestra de niños estadounidenses en edad escolar a finales del siglo XX, a una declaración acerca de todas las mujeres. Tal extrapolación es especialmente evidente, pero no de forma exclusiva, en las discusiones de algunos historiadores sobre la "cultura de las mujeres", las pruebas de los cuales van desde las primeras santas a las activistas del trabajo, a las militantes modernas, y se limitan a probar las hipótesis de Gilligan sobre la preferencia universal de las mujeres por el mundo relacional *(relatedness)*.[30] Tal utilización de las ideas de Gilligan crea un fuerte contraste con respecto a las concepciones más complejas sobre la cultura de las mujeres que se han representado como hechos históricos, lo cual se evidenció en el Simposio de 1980 de Estudios Feministas.[31] En efecto, la comparación entre esta serie de artículos y las formulaciones de Gilligan revela hasta qué punto es ahistórica, su definición del hombre y la mujer como una oposición binaria universal, que se reproduce a sí misma, y que siempre se manifiesta de la misma manera. Al insistir en las diferencias establecidas (en el caso de Gilligan simplificando datos, combinándolos con otros resultados sobre el sexo y con el razonamiento moral para subrayar la diferencia sexual), las feministas participaron en el tipo de pensamiento al cual querían oponerse. Aunque éstas insistieran en una reevaluación de la categoría "mujer" (Gilligan sugiere que las opciones morales de las mujeres pueden ser más humanas que las de los hombres), no examinaron la oposición binaria en sí misma.

Necesitamos rechazar la cualidad establecida, permanente, de la oposición binaria, la historia genuina y la deconstrucción de los términos de diferencia sexual. Debemos ser más autoconscientes de la diferencia entre nuestro vocabulario analítico y el material que queremos analizar. Tenemos que encontrar las maneras (aunque imperfectas) de someter continuamente a la crítica nuestras categorías, de someter nuestros análisis a la autocrítica. Si aplicamos la definición de Jacques Derrida sobre la deconstrucción, esta crítica significa que se debe analizar en el contexto la forma en que opera cualquier oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, en lugar de aceptarla como real o evidente, como la misma naturaleza de las cosas.[32] Por supuesto, las feministas han venido haciéndolo, hasta cierto punto, durante años. La historia del feminismo es, de todas formas, la historia del rechazo de la construcción jerárquica de las relaciones entre hombre y mujer en sus contextos específicos, y el intento de invertir o desplazar las operaciones de ésta. Las historiadoras feministas se encuentran ahora

en la postura de teorizar de su práctica y desarrollar el género como categoría analítica.

II

El interés en el género como categoría analítica no se manifestó hasta finales del siglo XX, y está ausente de la mayoría de documentos que tienen alguna relación con la teoría social, desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX. A decir verdad, algunas de esas teorías construyeron su lógica sobre analogías de la oposición hombre/mujer, otras reconocieron la existencia de la cuestión de la mujer, y otras aún mencionaron la formación de la identidad sexual subjetiva, pero nunca apareció el género como una forma de hablar de los sistemas de relaciones sociales o sexuales. Esta omisión podría explicar, en parte, la dificultad que han tenido las feministas contemporáneas a la hora de incorporar el término "género" en los cuerpos teóricos ya existentes y de convencer a los partidarios de una u otra escuela teórica para que el género entrara en su vocabulario. El término "género" forma parte del intento que han hecho las feministas contemporáneas de trazar un territorio de definición, insistir en la inadecuación de los cuerpos teóricos existentes a la hora de explicar las desigualdades persistentes entre mujeres y hombres. Me parece significativo que el empleo de la palabra género haya surgido en un momento de gran confusión epistemológica que, en algunos casos, implica que los científicos de las ciencias sociales cambien sus paradigmas científicos por otros literarios (que dejen de poner énfasis en la causalidad y lo pongan en el sentido, haciendo confusos los géneros de investigación, según la frase del antropólogo Clifford Geertz);[33] y, en otros casos, la forma de los debates teóricos entre quienes afirman la transparencia de los hechos y quienes insisten en que la realidad es fruto de una interpretación o una construcción, entre quienes defienden y quienes cuestionan la idea de que el hombre es el producto racional de su propio destino. En el espacio que se abre con este debate, en el de la crítica científica desarrollada en el campo de las humanidades, y en el del empirismo y del humanismo de los posestructuralistas, las feministas han empezado a encontrar no sólo una voz teórica propia sino también aliados políticos. Y es en el interior de este espacio que debemos articular el género como categoría analítica.

¿Qué deben hacer los historiadores que, después de todo, han visto cómo algunos teóricos desechaban la historia como una reliquia del pensa-

miento humanista? No creo que debamos dejar los archivos ni abandonar el estudio del pasado, sino que debemos cambiar algunas formas de trabajo y algunas preguntas que nos habíamos planteado. Necesitamos escudriñar nuestros métodos de análisis, clarificar nuestros presupuestos operativos y explicar cómo pensamos que ocurren los cambios. En lugar de investigar los simples orígenes, tenemos que concebir aquellos procesos que están tan interrelacionados que no pueden ser desenredados. Por supuesto, vamos a seguir identificando problemas para estudiar, los cuales constituirán los comienzos o los puntos de entrada de otros procesos más complejos. Pero son los procesos lo que debemos tener en cuenta. Debemos preguntarnos más a menudo cómo ocurrieron las cosas para encontrar por qué ocurrieron. Según la formulación de la antropóloga Michelle Rosaldo, no debemos perseguir una causalidad universal o general, sino una explicación significativa: "Ahora me parece que el lugar de las mujeres en la vida humana y social no es directamente el producto de ésta, sino el significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta".[34] En nuestra búsqueda del sentido, tenemos que tratar con el sujeto individual y con las organizaciones sociales, y articular la naturaleza de sus interrelaciones porque ambos tienen una importancia crucial en la comprensión del funcionamiento del género y en la manifestación del cambio de éste. Para terminar, tenemos que reubicar la idea de que el poder social es unificado, coherente y centralizado, con respecto a la idea foucaultiana del poder como un conjunto de constelaciones dispersas de relaciones desiguales, constituidas discursivamente en "campos" sociales "de fuerza".[35] En el interior de estos procesos y estructuras hay un espacio para el concepto de agencia humana entendido como el intento (al menos parcialmente racional) de construir una identidad, una vida, un conjunto de relaciones, una sociedad dentro de ciertos límites, y con un lenguaje, un lenguaje conceptual que marque en seguida unos límites y contenga la posibilidad de la negación, de la resistencia, de la reinterpretación, del juego de la invención y de la imaginación metafórica.

Mi definición del género consta de dos partes y algunos subconjuntos que están interrelacionados pero deben analizarse de forma distinta. El núcleo de la definición depende de la conexión integral entre dos propuestas: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder. Los cambios en la organización de las relaciones sociales siempre corresponden a cambios en las representaciones del poder, pero la dirección del cambio no es necesariamente única.

Como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, el género implica cuatro elementos interrelacionados: en primer lugar, los símbolos disponibles que evocan múltiples (y a menudo contradictorias) representaciones —por ejemplo, Eva y María como símbolos de la mujer en la tradición cristiana occidental— pero también los mitos de luz y oscuridad, de purificación y polución, de inocencia y corrupción. Para los historiadores, las cuestiones más interesantes son: ¿Qué representaciones simbólicas se invocan, cómo se invocan y en qué contextos? En segundo lugar, los conceptos normativos que avanzan interpretaciones sobre los significados de los símbolos que intentan limitar y contener las posibilidades metafóricas de los mismos. Estos conceptos se expresan en las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, y adquieren básicamente la forma de oposiciones binarias fijas y afirman de forma categórica e inequívoca el sentido de hombre y mujer, de lo masculino y lo femenino. De hecho, estos juicios normativos dependen del rechazo o de la represión de otras posibilidades alternativas, y algunas veces se presenta una lucha abierta sobre ellos (¿en qué momentos y bajo qué circunstancias deberían constituir una preocupación para los historiadores?). Sin embargo, la posición dominante queda establecida como la única posible. Y la historia subsecuente se escribe como si estas posiciones normativas fueran el resultado de un consenso social, en lugar de ser el resultado de un conflicto. Un ejemplo de este tipo de historia es el trato que recibe la ideología victoriana de la domesticidad, como si primero hubiera sido creada en su totalidad y sólo más tarde se hubieran manifestado reacciones respecto a ella; aquélla debería haberse abordado como un tema que generó constantemente profundas diferencias de opinión. Otro tipo de ejemplo proviene, en la actualidad, de los grupos religiosos fundamentalistas, quienes han vinculado a la fuerza sus prácticas con la recuperación de un papel más supuestamente auténtico y "tradicional" de la mujer, cuando, en realidad, existen muy pocos precedentes históricos que permitan el desempeño incuestionable de tal papel. La cuestión clave de la nueva investigación histórica consiste en desbaratar la idea de estabilidad, en descubrir la naturaleza del debate o de la represión que conduce a la apariencia de la permanencia intemporal de la representación binaria del género. Este tipo de análisis debe incluir una idea de la política y una referencia a las instituciones sociales y a las organizaciones, el tercer aspecto de las relaciones de género.

Algunos académicos, en particular algunos antropólogos, restringieron el uso del género al sistema de parentesco (centrándose en el hogar y la familia

como bases de la organización social). Necesitamos una visión más amplia que incluya no sólo el parentesco sino también (especialmente en el caso de las modernas y complejas sociedades) el mercado de trabajo (un mercado de trabajo donde impere la segregación sexual forma parte del proceso de la construcción del género), la educación (todas las instituciones masculinas, no mixtas o mixtas forman parte del mismo proceso), y el régimen gubernamental (el sufragio masculino universal interviene en el proceso de construcción del género). No tiene mucho sentido limitar estas instituciones a una utilidad funcional dentro del sistema de parentesco, o bien argumentar que las relaciones contemporáneas entre hombres y mujeres son artefactos de sistemas de parentescos más antiguos, basados en el intercambio de las mujeres.[36] El género se construye a través del parentesco, pero no exclusivamente a través de éste; también se construye a través de la organización económica y política, la cual opera, al menos en nuestra sociedad actual, de forma muy independiente respecto al sistema de parentesco.

El cuarto aspecto del género es la identidad subjetiva. Estoy de acuerdo con la formulación de la antropóloga Gayle Rubin, según la cual el psicoanálisis ofrece una importante teoría sobre la reproducción del género, una descripción de "la transformación de la sexualidad biológica de los individuos en proceso de culturización".[37] Pero la declaración universal del psicoanálisis me hace vacilar. Aunque la teoría lacaniana sea útil para pensar la construcción de la identidad de género, los historiadores necesitan trabajar de una forma más histórica. Si la identidad de género se basara única y universalmente en el miedo a la castración, se negaría la cuestión de la investigación histórica. Por otra parte, los hombres y mujeres reales no satisfacen siempre, ni literalmente, los términos de las prescripciones de su sociedad ni de nuestras categorías analíticas. En vez de esto, los historiadores necesitan examinar las formas en que se construyen sustancialmente las identidades de género, y relatar sus hallazgos a través de una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones histórico-culturales específicas. Hasta ahora, los mejores esfuerzos que se han hecho en este campo han sido, sin sorpresa alguna, las biografías: la interpretación de Biddy Martin sobre Lou Andreas Salomé, la representación de Kathryn Sklar sobre Catharine Beecher, la vida de Jacqueline Hall por Jessie Daniel Ames y la discusión de Mary A. Hill sobre Charlotte Perkins Gilman.[38] También son posibles los tratamientos colectivos, como han mostrado Mrinalina Sinha y Lou Ratté en sus respectivos estudios sobre los términos de la construcción de la identidad de género en los administradores coloniales

británicos en la India, y en los hindúes de educación británica, antiimperialistas y líderes nacionalistas.[39]

En consecuencia, la primera parte de mi definición de género consiste en todos estos cuatro elementos, ninguno de los cuales resulta operativo sin los demás. Y aún no operan al mismo tiempo, reflejándose simplemente uno en los otros. En realidad, una pregunta de investigación histórica sería: ¿cuáles son las relaciones entre los cuatro aspectos? El esquema que he presentado sobre el proceso de construcción de las relaciones de género puede ser utilizado para discutir sobre la clase, la raza, la etnicidad o sobre cualquier otro proceso social. Con ello pretendía clarificar y especificar cómo uno necesita pensar sobre el efecto del género en las relaciones sociales e institucionales, porque esta reflexión a menudo carece de precisión o sistematicidad. La teorización sobre el género la he desarrollado en mi segunda propuesta: el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder. Sería mejor decir que el género es un campo primario dentro del cual, o por medio del cual, se articula el poder. El género no es el único campo, pero parece que ha sido una forma persistente y recurrente que ha hecho posible la significación del poder en occidente, en la tradición judeocristiana y en la islámica. Como tal, esta parte de la definición da la impresión de pertenecer a la sección normativa del argumento, aunque no sea así, por los conceptos de poder, que aunque se construyan a partir del género no siempre tratan literalmente del género en sí mismo. El sociólogo francés Pierre Bourdieu escribió acerca de cómo la "división del mundo", basada en referencias a "las diferencias biológicas y especialmente en aquellas que se refieren a la división del trabajo de la procreación y reproducción", opera como "las que están mejor fundadas en ilusiones colectivas". Los conceptos sobre el género, establecidos como objetivos o un conjunto de referencias, estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica del conjunto de la vida social.[40] Y el género queda implicado en la concepción y construcción del poder en sí mismo, en la medida en que tales referencias establecen unas determinadas distribuciones de poder (el control diferencial sobre los recursos materiales o simbólicos y el acceso a ellos). El antropólogo francés Maurice Godelier así lo ha formulado:

> No es la sexualidad lo que preocupa a la sociedad, sino la sociedad la que es preocupante para la sexualidad del cuerpo. Se apela continuamente a la relación de las diferencias sexuales entre los cuerpos como un testimonio de las relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad. No sólo como

testimonio de éstos, sino también como testimonio para éstos; en otras palabras, como una legitimación de tales diferencias.[41]

La función legitimizadora del género opera en muchos sentidos. Por ejemplo, Bourdieu demostró cómo en algunas culturas la explotación agrícola se organizaba según unas ideas de tiempo y estación que dependían de las definiciones específicas de la oposición entre lo masculino y lo femenino. Gayatri Spivak ha realizado un profundo análisis sobre los usos del género y del colonialismo en algunos textos de escritoras británicas y americanas.[42] Natalie Davis ha demostrado cómo los conceptos de lo masculino y lo femenino estaban en relación con la comprensión y las críticas de los roles del orden social en los comienzos de la Francia moderna.[43] La historiadora Caroline Walker Bynum arrojó nueva luz sobre la espiritualidad medieval al prestar atención a las relaciones entre los conceptos de lo masculino y lo femenino y el comportamiento religioso. Su obra nos aporta valiosas ideas sobre las formas en que estos conceptos sirvieron a la política de las instituciones monásticas así como a los creyentes individuales.[44] Los historiadores del arte abrieron un nuevo territorio al leer las implicaciones sociales a partir de las representaciones literales de mujeres y hombres.[45] Estas interpretaciones están basadas en la idea de que los lenguajes conceptuales se sirven de la diferenciación para establecer el sentido, y que la diferencia sexual es una vía primaria de diferenciación simbólica.[46] Por consiguiente, el género proporciona una vía de descodificación del sentido y de comprensión de las complejas conexiones entre varias formas de interacción humana. Cuando los historiadores buscan aquellas formas en que el concepto de género legitimiza y construye las relaciones sociales, están desarrollando ideas sobre la naturaleza recíproca del género y la sociedad, y sobre las formas particulares y específicamente contextuales en que la política construye al género y el género a la política.

La política es sólo uno de los campos en que el género puede ser utilizado para el análisis histórico. He elegido los siguientes ejemplos referidos a la política y al poder en su sentido más tradicional, es decir, en su sentido de pertenencia al gobierno y a la nación-estado, por dos razones. La primera, porque el territorio está virtualmente inexplorado ya que el género ha sido considerado como la antítesis de los asuntos reales en el campo de la política. La segunda, la historia política —y aún el modo dominante de investigación histórica— ha sido un reducto de resistencia frente a la inclusión del material o incluso de las cuestiones sobre mujeres y género.

El género ha sido literal o analógicamente utilizado en la teoría política para justificar o criticar el reinado de los monarcas, y para expresar la relación entre el gobernante y los gobernados. Uno podría haber esperado que los debates de los contemporáneos sobre los reinados de Elizabeth I en Inglaterra y de Catalina de Médicis en Francia insistieran en la cuestión de la conveniencia de las mujeres en la función política, pero en el periodo en que la realeza y el parentesco eran completamente afines, las discusiones sobre los reyes hombres manifestaban la misma preocupación por la masculinidad y la feminidad.[47] Las analogías relativas a la relación marital estructuran los argumentos de Jean Bodin, Robert Filmer y John Locke. El ataque de Edmund Burke a la Revolución francesa está construido en torno al contraste entre los brujos siniestros y homicidas *sans culotte* ("las furias del infierno, en la forma abusiva de la mujer más repugnante") y la dulce femineidad de María Antonieta, que logró escapar de la multitud y "buscar refugio a los pies de su rey y marido", y cuya belleza inspiró el orgullo nacional. (Burke escribió en referencia al papel que se asignaba a lo femenino en el orden político: "Para que nos hagan amar a nuestro país, nuestro país debe ser encantador".)[48] Pero no siempre existe una analogía con el matrimonio ni con la heterosexualidad. En la teoría política medieval islámica, los símbolos del poder político aludían muy a menudo al sexo entre un hombre y un joven, y sugerían no sólo unas formas de sexualidad aceptable, semejantes a aquellas que describió Foucault en su último trabajo sobre la Grecia clásica, sino también la irrelevancia de las mujeres respecto a una determinada idea de la política y la vida pública.[49]

Para que este último comentario no dé a entender que la teoría política es el simple reflejo de la organización social, parece importante destacar que los cambios en las relaciones de género pueden desencadenarse por las opiniones sobre las necesidades del Estado. Un ejemplo muy llamativo es el argumento que esgrimió Louis de Bonald en 1816 sobre las razones por las cuales se debía abolir la legislación sobre el divorcio de la Revolución francesa:

> Tal como la democracia política "permite al pueblo, la parte débil de la sociedad política, levantarse contra el poder establecido", así el divorcio, "auténtica democracia doméstica", permite a la mujer, "la parte débil, rebelarse contra la autoridad marital... Con el objeto de evitar que el Estado caiga en manos del pueblo, es necesario evitar que la familia caiga en las manos de las esposas y los hijos".[50]

Bonald empieza con una analogía y luego establece una correspondencia directa entre divorcio y democracia. Si volvemos a los numerosos argumentos iniciales sobre la familia bien ordenada como fundamento del Estado bien ordenado, la legislación que llevó a la práctica este punto de vista definió de nuevo los límites de la relación marital. De igual modo, en nuestra época, los ideólogos políticos conservadores quisieran hacer aprobar una serie de leyes acerca de la organización y del comportamiento de la familia que alterarían las prácticas comunes. Si bien se ha destacado la conexión entre los regímenes autoritarios y el control de las mujeres, ésta no se ha estudiado a fondo. Si en el momento crucial de la hegemonía jacobina, durante la Revolución francesa, si en el momento en que Stalin intentó controlar la autoridad, si cuando se implantó la policía nazi en Alemania, o cuando triunfó del Ayatollah Jomeini en Irán, las normativas emergentes legitimizaron la dominación, la fuerza, la autoridad central y el poder imperante como un poder masculino (enemigos, forasteros, subversivos, la debilidad como algo femenino) y trasladaron literalmente este código a las leyes (impidiendo la participación de las mujeres en la política, ilegalizando el aborto, prohibiendo que las madres ganaran un salario, imponiendo unos códigos vestimentarios a las mujeres) entonces todo ello contribuyó a poner a las mujeres en el lugar en que ahora están.[51] Estas acciones y la época en que se manifestaron tienen poco sentido en sí; en muchos casos, el Estado no tiene nada inmediato ni material que ganar con el control de las mujeres. Las acciones solamente pueden tener sentido como parte del análisis de la construcción y consolidación del poder. En cuanto a la política dirigida a las mujeres, fue tomando forma una declaración de control, o de fuerza sobre ellas. En estos ejemplos, la diferencia sexual fue concebida en términos de dominación o control de las mujeres. Estos ejemplos nos dan una visión de los tipos de relaciones de poder construidos en la historia moderna, pero este particular tipo de relación no es un tema político universal. Por ejemplo, los regímenes democráticos del siglo XX también han construido, aunque de distintas formas, sus ideologías políticas con los conceptos de género, que luego trasladaron a la política. El Estado de bienestar, por ejemplo, demostró su paternalismo proteccionista en las leyes destinadas a las mujeres y a los niños.[52] Desde un punto de vista histórico, algunos movimientos socialistas y anarquistas rechazaron completamente las metáforas de la dominación, y criticaron a regímenes concretos o a organizaciones sociales en lo referente a las transformaciones de las identidades de género. Los socialistas utópicos en Francia e Inglaterra en las décadas de 1830 y 1840

concibieron sus sueños de un futuro armonioso basándose en las naturalezas complementarias de los individuos, como se ejemplifica en los sindicatos de hombres y mujeres con "el individuo social".[53] Los anarquistas europeos fueron muy conocidos, no sólo por rechazar las convenciones del matrimonio burgués sino también por su visión de un mundo en el cual la diferencia sexual no implicaba una jerarquía.

Estos ejemplos muestran las conexiones explícitas entre género y poder, pero sólo son una parte de mi definición de género como un paso previo a las relaciones simbólicas de poder. Muy a menudo la atención que se presta al género no es explícita, pero no deja de ser un componente crucial de la organización de la igualdad o la desigualdad. Las estructuras jerárquicas dependen de las comprensiones generalizadas de las llamadas relaciones naturales entre hombre y mujer. En el siglo XIX, el concepto de clase dependía del género para su articulación. Mientras en Francia los reformistas de clase media describían a los obreros en términos codificados como femeninos (subordinados, débiles, explotados sexualmente como prostitutas), los líderes laboristas y socialistas replicaron insistiendo en la posición masculina de la clase obrera (productores, fuertes, protectores de sus mujeres e hijos). Los términos de este discurso no trataban explícitamente del género, pero contenían sólidas referencias a éste. La codificación "genérica" de ciertos términos estableció y "naturalizó" sus significados. En este proceso, específico desde un punto de vista histórico, las definiciones normativas del género (que se tomaron por dadas) se reprodujeron e incrustaron en la cultura de la clase obrera francesa.[54]

El tema de la guerra, la diplomacia y la alta política surge normalmente cuando los historiadores políticos tradicionales cuestionan la utilidad del género en su trabajo. Pero aquí también necesitamos mirar más allá de los actores y del significado literal de sus palabras. Las relaciones de poder entre las naciones y el estatus de sujetos coloniales se volvió comprensible (y, por consiguiente, se legitimizó) en términos de relaciones entre mujer y hombre. La legitimización de la guerra —el hecho de truncar vidas jóvenes para proteger al Estado— se manifestó de formas muy variadas, a través de llamamientos específicos a la hombría (por la necesidad de defender la vulnerabilidad de las mujeres y los niños), de una dependencia implícita en la creencia en el deber de los hijos de servir a sus líderes o a su padre o rey, y de asociaciones entre la masculinidad y la fuerza nacional.[55] La misma alta política es un concepto de género porque establece su importancia crucial y su poder público, las razones para la existencia de esta alta autoridad y el

hecho de su existencia, precisamente excluyendo a las mujeres de este trabajo. El género es una de las referencias recurrentes a través de las cuales el poder político ha sido concebido, legitimado y criticado. El género se refiere a la oposición hombre/mujer, pero al mismo tiempo también establece el significado de ésta. Para reivindicar el poder político, la referencia debe parecer segura y fija, fuera de cualquier construcción humana, y debe formar parte del orden natural o divino. En este sentido, la oposición binaria y el proceso social de las relaciones de género pasan a formar parte del significado del propio poder; y el hecho de cuestionar o alterar algún aspecto del mismo representa una amenaza para el conjunto del sistema.

Si las significaciones de género y poder se construyen la una a la otra, ¿cómo hacen las cosas para cambiar? La respuesta, en un sentido general, es que el cambio puede comenzar en muchos lugares. Los masivos disturbios políticos que sumen en el caos a los antiguos órdenes e implantan otros nuevos podrían revisar los términos (y la organización) del género en busca de nuevas formas de legitimización. Pero en realidad no pueden; las viejas ideas sobre el género también han servido para ratificar a los nuevos regímenes.[56] Las crisis demográficas, ocasionadas por la escasez de comida, las plagas o las guerras, podrían haber originado un cuestionamiento sobre las visiones normativas del matrimonio heterosexual (como ocurrió en varios círculos y países en la década de los años veinte), pero lo que han hecho ha sido generar políticas en pro de la natalidad, políticas que insisten en la importancia exclusiva de las funciones maternales y reproductivas de las mujeres.[57] El cambio de las pautas de empleo puede conducir a estrategias maritales alteradas y a diferentes posibilidades de construcción de la subjetividad, pero este cambio también puede tomarse como una posibilidad, para las obedientes hijas y madres, de llevar a cabo nuevas actividades.[58] El surgimiento de nuevos símbolos culturales puede hacer posible la reinterpretación y, por supuesto, la reescritura de la historia edípica, pero también puede servir para reinscribir este drama terrible en términos incluso más reveladores. Los procesos políticos determinarán qué resultados van a prevalecer; me refiero a procesos políticos en el sentido en que los diferentes actores y los diferentes significados están luchando unos contra otros por el control. La naturaleza de este proceso, de los actores y de sus acciones, sólo puede determinarse específicamente dentro del contexto de su espacio y tiempo. Sólo podremos escribir la historia de este proceso si admitimos que "hombre" y "mujer" son categorías vacías y a punto de desbordar. Vacías porque no tienen un significado fundamental ni trascendente; y a punto de

desbordar porque aunque den la impresión de ser categorías fijas, contienen aún en su interior definiciones alternativas, desmentidas o suprimidas.

En cierto sentido, la historia política tiene una representación en el campo del género. Este campo parece fijo, establecido, aunque su significado sea discutido y cambie continuamente. Si tratamos la oposición entre hombre y mujer como algo problemático, en lugar de ser algo conocido de antemano, como algo definido contextualmente y construido de forma repetitiva, entonces debemos preguntarnos en todo momento no sólo qué está en juego en las proclamaciones o debates que apelan al género para explicar o justificar sus posiciones, sino también de qué manera se invocan y reinscriben las interpretaciones implícitas del género. ¿Cuál es la relación entre las leyes sobre las mujeres y el poder del Estado? ¿Por qué (y desde cuándo) las mujeres han sido invisibles como sujetos históricos, cuando nosotros sabemos que participaron en los pequeños y grandes acontecimientos de la historia humana? ¿Ha legitimado el género el surgimiento de las carreras profesionales?[59] Y ahora cito el título de un reciente artículo de la feminista francesa Luce Irigaray ¿el sujeto científico es sexuado?[60] ¿Qué relación hay entre la política del Estado y el descubrimiento del crimen de la homosexualidad?[61] ¿Cómo han incorporado las instituciones sociales el género en sus premisas y organizaciones? ¿Han existido siempre unos conceptos de género genuinamente igualitarios respecto al sistema político que proyectaban o construían?

La investigación de estas preguntas dará paso a una historia que aportará nuevas perspectivas a las viejas preguntas (por ejemplo, acerca de cómo se impone la función política o cuál es el impacto de la guerra en la sociedad), que volverán a plantear las viejas preguntas de siempre en otros términos (por ejemplo, introduciendo consideraciones acerca de la familia y la sexualidad, o del estudio de la economía o la guerra), que hará visibles a las mujeres como participantes activos y creará una distancia analítica entre el lenguaje del pasado, supuestamente preestablecido, y nuestra propia terminología. Además, esta nueva historia dejará abiertas las posibilidades de pensar en las actuales estrategias políticas feministas y el futuro utópico, porque apunta a que el género sea redefinido y reestructurado conjuntamente con una visión de igualdad política y social, que no sólo incluya al sexo sino también a la clase y la raza.

Segunda Parte

GÉNERO Y CLASE